

JEAN GUITTON

# PENSAMIENTO Y GUERRA



Pensamiento y guerra

Filosofía



Jean Guitton

# Pensamiento y guerra

Edición aumentada y comentada por los profesores de  
la Escuela de Guerra

Prólogo a la edición española de José Luis Calvo Albero

Traducción de Jesús Láinz



Título en idioma original: *La Pensée et la Guerre*

© Edición original: Groupe Elidia, Ediciones Desclée de Brouwer, París 2017

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2019

© Traducción: Jesús Lafnz

© Prólogo a la edición española: coronel José Luis Calvo Albero

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 30

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-9055-959-8

Depósito Legal: M-3003-2019

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

## ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	
<i>Coronel José Luis Calvo Albero</i> .....	7
INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 2017	
<i>General de división Hubert de Reviere de Mauny</i> .....	15
ADVERTENCIA.....	21
PREFACIO .....	25
I. HITLER, LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA	
<i>Introducción de Martin Motte</i> .....	37
II. EL ARTE DE PENSAR Y LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA	
<i>Introducción del coronel Thierry Noulens</i> .....	63
III. PENSAMIENTO Y GUERRA EN FOCH	
<i>Introducción de Martin Motte</i> .....	107
IV. EL PENSAMIENTO HEGELIANO Y LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA	
<i>Introducción de la capitán de fragata Audrey Hérisson</i>	133
V. FILOSOFÍA DE LA DISUASIÓN EN LA ERA NUCLEAR	
<i>Introducción de Georges Henri Soutou</i> .....	173
APÉNDICES	
<i>I. Extractos de una carta del general Weygand a Jean Guilton sobre la probabilidad en la guerra</i> .....	243
<i>II. Nota sobre los aspectos de la estrategia naval comparada con la terrestre</i> .....	249



## PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La estrategia es una disciplina cuya esencia es difícil de capturar, incluso para los que trabajan sobre ella diariamente. En su formulación necesita del conocimiento profundo de la naturaleza humana, pero en su ejecución es praxis violenta, enfrentada a otra igual y contraria ejecutada por un estratega adversario desde el lado opuesto de la colina. Las raíces de la estrategia se hunden en el pensamiento y la teoría aunque sus manifestaciones son brutalmente prácticas. Se trata de cambiar la realidad a nuestro favor y contra la voluntad del otro, en una situación extrema en la que se utiliza o se está dispuesto a utilizar una violencia masiva y letal.

Jean Guitton no era un estratega sino un filósofo, pero como otros muchos filósofos y pensadores se sintió atraído por ese contraste entre pensamiento sutil y sofisticado y práctica competitiva y violenta. Guitton centró su obra en el ser humano, en su relación con Dios y con el mundo, y en la búsqueda de la verdad. Pensó que podía aprender mucho de ello estudiando un fenómeno tan extremo como la guerra, y una disciplina tan aparentemente desconcertante como la estrategia. Así como los seres humanos se revelan más fácilmente en su auténtica naturaleza cuando se encuentran en una situación extrema, el pensamiento puede adquirir una claridad inusual cuando se enfrenta al reto de convertirse en

acción inmediata, dinámica y violenta que busca sobrevivir y prevalecer.

El momento de la historia en el cual Jean Guitton pronunció las cinco conferencias que componen esta obra fue tan interesante como devastador. La vida del autor se enmarca completamente en el siglo XX. Nació un año después de que comenzase y murió un año antes de su finalización. Vivió pues en uno de los periodos más violentos de la historia humana, si no el que más, y como ciudadano francés sufrió la tragedia de las dos guerras mundiales, experimentó la tristeza de la decadencia de Francia y Europa, y vivió la amenaza de la guerra nuclear que, por primera vez en la historia, convirtió en factible el ancestral mito de la destrucción de la humanidad en una última batalla apocalíptica.

En ese terrible escenario Guitton intentó situar al ser humano, y a su principal esencia que es el pensamiento. En Francia encontró una excepcional tradición de pensamiento estratégico, que precisamente centraba su atención en el hombre, su moral y sus valores, como elemento sustancial y decisivo de la victoria. Desde la Revolución, el centro de la estrategia francesa fue siempre el valor moral, que se manifestaba en el «élan», el entusiasmo que podía sobreponerse a la inferioridad tecnológica y numérica, a las privaciones y a las bajas. El empuje del ciudadano soldado, consciente de que estaba cambiando el mundo, que Napoleón supo utilizar con tanta maestría hasta que lo agotó de tanto abusar de él.

Herederero de esa tradición fue uno de los protagonistas principales de las conferencias de Jean Guitton: el mariscal Ferdinand Foch, un hombre que conjugó pensamiento y acción, ambos en grado superlativo. Fue director de la Escuela de Guerra y uno de los teóricos militares más respetados en Europa antes de ser nombrado comandante en jefe de las fuerzas aliadas en el Frente Occidental en 1918. Foch recuperó el pensamiento estratégico francés basado en los valores morales, pero interpretando y adoptando a la vez parte de

lo que era entonces su némesis: la escuela de pensamiento estratégico prusiano-alemana, y especialmente su más célebre pensador, Carl von Clausewitz.

Foch tomó de Clausewitz lo que encajaba mejor con la tradición estratégica francesa, y reforzó el valor entusiasta del combatiente galo con la férrea voluntad del líder militar germano. La combinación no funcionó como el francés esperaba, y en los primeros encuentros de la Gran Guerra ya quedó claro que ni el entusiasmo ni la voluntad podían imponerse al titán de la tecnología. A lo largo de cuatro largos años la artillería de tiro rápido, las ametralladoras y el alambre de espino conformaron las formidables tempestades de acero que evocó Ernst Jünger, y que acabaron con el entusiasmo francés, el optimismo europeo y el futuro de Europa como centro del mundo.

La Gran Guerra supuso también la confrontación entre dos concepciones del fenómeno bélico que se encarnaron en dos de los contendientes principales, Francia y Alemania. Guitton evoca ese conflicto en varias de sus conferencias, y como es lógico lo enfoca desde el punto de vista del pensamiento. En el modelo francés la guerra es un fenómeno humano que se intenta abordar desde una lógica cartesiana, un problema que debe plantearse desde el análisis orientado a la búsqueda de lo esencial, para desde esa esencia construir el método para resolverlo. La escuela francesa se basa pues en la búsqueda de principios que correctamente aplicados resulten en lo deseado, que es la victoria y la paz posterior.

La escuela alemana, que no surge con Clausewitz, pero que tiene en él su referencia principal, parte de la aproximación dialéctica del idealismo alemán. La guerra es una confrontación permanente, en la que toda acción propia es seguida por una acción enemiga contraria. Clausewitz encuentra la síntesis en la naturaleza política de la guerra, que es lo único que aporta racionalidad, entendida como proporción entre costes y beneficios, al caos de la guerra. Sin embargo, la

guerra es caótica e incierta por naturaleza y no hay principios universales que garanticen el éxito. El caos se combate con la racionalidad del político y la capacidad del líder militar para sumergirse en él, guiado por su instinto y su voluntad.

Guilton no menciona el enfoque dialéctico de Clausewitz, pero dedica la cuarta conferencia incluida en esta obra a la influencia en la estrategia del sistema dialéctico hegeliano, que surge de la misma línea de pensamiento. Considera que al contrario que el método cartesiano del que nace la escuela francesa, y que considera la guerra como un instrumento para alcanzar un fin, la lógica hegeliana corre el riesgo de considerar la guerra como un fin en sí mismo. El pensamiento hegeliano considera el mundo y la historia como un todo relacionado que gira alrededor del ser humano sin un fin trascendente. Se centra por tanto en el devenir, el proceso de cambio constante guiado por una permanente confrontación dialéctica como única verdad posible. El marxismo surge como el heredero más conocido del pensamiento hegeliano, pero con frecuencia se olvida que el pensamiento estratégico del Estado mayor general alemán es otro de sus herederos, y no menor. De hecho, transmitirá parte de su legado a los revolucionarios del Octubre ruso, fascinados por Clausewitz.

La confrontación entre los dos modelos se encarna para Guilton en Foch y en Ludendorff, el jefe del Estado mayor alemán en los últimos años de la guerra. El mariscal francés termina su mando ante la tumba de Napoleón, afirmando que tras la guerra viene la paz, y criticando las escasas esperanzas de paz duradera que aportaba el Tratado de Versalles. Ludendorff por el contrario se unirá a Hitler en los años 20, y proclamará que la guerra es la situación natural del ser humano, y que la paz es solo un sueño, y ni siquiera uno grato. Una reedición del mito eterno de Héctor y Aquiles, el soldado que lucha por su patria y su familia, y que ansía cumplir su misión para volver a ellos en paz, contra el que lo hace porque la guerra se ha convertido en su única finalidad, y

*Al general Jacques de Witasse*



## PREFACIO

Liddell Hart considera que entre todas las formas de acción concebibles, la más eficaz a largo plazo, la más segura de vencer, es el acto del hombre que dice la verdad sin tapujos: para él este hombre es un profeta.

Sin duda la acción del profeta, añade Liddell Hart, se subordina a la del jefe, y el jefe debe ser al mismo tiempo estratega y filósofo: es decir, que un responsable debe mostrarse dispuesto a encarnar lo que el profeta ha dicho que es verdad, de adecuarlo a las circunstancias, de resignarse al mal inevitable. Pero la prudencia del jefe no debe sacrificar la verdad a la coyuntura. Como continúa diciendo Liddell Hart, más valdría que el jefe fuese lapidado, como el profeta: porque «quien tenga por costumbre sacrificar la verdad al interés de la acción inmediata verá alterarse el rigor de su pensamiento»<sup>7</sup>.

Liddell Hart explica con rigor lo que todos pensamos (pero en voz baja), es decir: que la ciencia, la técnica y, por consiguiente, la política y la estrategia no son otra cosa que medios para acercar el hombre a su fin último, que es la posesión de la verdad y la felicidad, lo que los antiguos llamaban *sabiduría*. Siempre se ha distinguido la ciencia de la sabiduría; la ciencia se limita a saber, es decir, a ver con

---

<sup>7</sup> Basil Liddell Hart, *Histoire mondiale de la stratégie*, Plon, 1962, p. VI.

transparencia. La sabiduría es el arte de la felicidad, pero de la felicidad completa, soberana a pesar de los dolores, calma da en los fracasos. Entre la ciencia y la sabiduría se sitúa el arte, que es una mezcla de ciencia y sabiduría puesto que se trata de una práctica basada en el saber.

El arte de hacer la guerra es una técnica que, a pesar del mal de la muerte que provoca, tiene por objetivo un bien: preservar a una nación del fracaso radical que significaría la pérdida de su independencia. Antaño, las derrotas implicaban la esclavitud de todo un pueblo destinado a convertirse en máquina viviente al servicio del vencedor en un tiempo en el que no existían las máquinas. Eso no ha cambiado en el fondo: una derrota sigue significando una amputación de los recursos de un país, una disminución de la libertad y, en nuestros días, una aniquilación. Este es el motivo por el que las naciones han honrado tanto a los vencedores de las guerras.

La guerra siempre ha contenido una parte de movimientos, de maniobras, de cálculo anterior a la acción y durante la propia acción. No honramos al triunfador solamente por su fortuna o por su valentía, sino también por su astucia, es decir, por el conjunto de su arte para vencer y convencer. Y aunque parezca actuar por instinto, todo ello supone una gran parte de reflexión. Lo que, en definitiva, más admiramos de César o de Napoleón es la potencia anterior de su pensamiento.

Se ha necesitado mucho tiempo para que el pueblo honrara al sabio en el que antaño no veía más que un mago. Se ha necesitado que el pueblo comprendiese por fin que el saber puede conducir al éxito o al fracaso. Y ha llegado la época en la que el sabio se beneficia del prestigio que antaño estaba reservado al guerrero, fundador de dinastías, aquellas antiguas «potencias».

En el siglo XVIII la guerra de los estrategas como Guibert se concebía como pensamiento, del mismo modo que la política o incluso la estética, la legislación, la economía o la

educación. Nosotros seguimos siendo los hijos de aquel siglo razonador, razonable, a menudo destructor, porque no hay pensamiento sin una sacudida de los cimientos. Pero (cosa curiosa) ha habido tantas guerras en los siglos XIX y XX que pareció que la acción había acabado con el pensamiento sobre la guerra. Este razonamiento sobre la guerra llamado «estrategia» ha sido puesto patas arriba por el problema urgente, tan práctico, de extraer lecciones de la «última guerra» para preparar una nueva. Los que han intentado elevarse por encima de dicho objetivo (el más grande de los cuales fue Clausewitz, y después Jomini) no han gozado del eco que merecían entre los filósofos. Mientras que los filósofos del siglo XX se han ocupado de ciencia, de religión o de estética para acumular experiencias y elevar su visión, casi nunca se han ocupado de estrategia.

Pero en este momento parece que ya no pueda seguir siendo así. Y la mutación de la estrategia por la aparición de la disuasión atómica tiene por causa y por consecuencia la de obligar al estratega a atender un campo mucho más extenso que el de las armas y su logística, o incluso que el de las industrias necesarias para la guerra, más extenso aún que la política. Y al mismo tiempo el político, el economista, incluso el filósofo y el hombre simplemente hombre se sienten afectados por una eventual guerra y, por lo tanto, se interesan por la estrategia.

Esta relación establecida en este tiempo atómico entre el pensamiento y la estrategia es la que me anima a aportar esta piedra minúscula al edificio que se está construyendo mediante el esfuerzo convergente de todas las inteligencias a propósito del futuro de la especie humana.

¿Qué idea se deduce de estas reflexiones?

En primer lugar, que la función del pensamiento aumenta con el propio uso de la violencia, que una revolución está a punto de estallar; que, para profundizar en el sentido de lo que sucede ante nuestros ojos hay que superar las

especializaciones de la guerra, de la política, del derecho y de la moral, e intentar captar las interconexiones de estas formas distintas de acción-pensamiento, verlo todo de un solo vistazo y del más simple vistazo.

¿Cómo definir la fase actual de los conflictos armados?

Diciendo que estamos viendo coincidir *el mito y la realidad*. Es decir: por una parte, una forma nueva de guerra, consistente en una estrategia de tipo psíquico que se propone actuar sobre el inconsciente humano mediante los mitos; y, por otra, una forma inédita de arma basada en las potencias de composición y liberación de la materia, arma que se distingue de todas las que habíamos conocido desde el sílex, el hierro y el fuego. Es esta coincidencia lo que es improbable y destacable. ¡Es el acontecimiento del siglo!

Afortunadamente para la especie pensante y para los amigos de la razón, Lenin y Hitler, que llevaron a la perfección la estrategia de los mitos y las técnicas de acción sobre el inconsciente de las masas, no dispusieron más que de armas clásicas. Y, aunque Hitler había previsto el arma atómica, al expulsar de Alemania a los sabios israelitas salvó al mundo sin saberlo: el odio nunca ha sido un buen consejero. ¿Qué habría sucedido si Hitler hubiera tenido la bomba de Hiroshima en 1944? Quizá las cosas fuesen hoy muy diferentes. Nos hemos beneficiado de una brecha mínima, de un incidente improbable, de un respiro que se podría definir así: la ausencia de coincidencia entre el mito y el átomo, entre el máximo psíquico y el máximo físico.

Pero esta coincidencia sigue existiendo en nuestros días: se ha convertido en el hecho permanente, el peligro esencial. Y esa es la razón por la que la estrategia entra en una fase absolutamente nueva. La estrategia contemporánea no se distingue solamente por el grado; también se distingue de las fases antecedentes por su naturaleza. Yo he denominado a esta fase *mito-nuclear*. Se caracteriza por su carácter

compuesto, a la vez psíquico y físico: se trata de la *estrategia de la disuasión*.

Estas palabras siguen siendo equívocas ya que dejan suponer que la estrategia sigue siendo cosa de las guerras, mientras que se ha convertido en algo guerrero y revolucionario al mismo tiempo. En nuestros días cualquier situación de guerra posible coincide con una situación de revolución posible. A la técnica de la guerra, que implica una amenaza sobre los cuerpos mediante golpes mortales, hay que añadir una técnica de revolución o de revuelta que implica una influencia sobre los espíritus mediante cambios de mentalidades y de conversiones. Por un lado, el miedo tiene por objeto la victoria. Por otro, la subversión tiene por objeto la conversión.

Efectivamente, los dos tipos de guerra se funden, actúan el uno sobre el otro y se entremezclan. Desde un principio, como se pudo ver en las Cruzadas, en la guerra hay una propaganda de ideas, una apelación mística al juicio de los dioses, al juicio de Dios. En nuestros días, sin embargo (como si la Humanidad se preparara para un enfrentamiento último y lúcido), la compleja alianza entre los medios de propaganda y los de destrucción se ha convertido en objeto de pensamiento y, en última instancia, en técnicas que entrañan un cálculo y casi una matemática.

Muchos y muy serios trabajos, públicos o secretos, se han propuesto a los hombres sobre este tema punzante, inevitable. Este no es más que un ensayo que propone un método de pensamiento sintético.

\*

\*\*

Puesto que el pensamiento interviene en esos procesos de violencia a los que llamamos revoluciones y guerras, debe intervenir en ellos plenamente.

Pero dado que el pensamiento, considerado en su totalidad, no se ocupa solamente de las causas sino también de

A mediados del siglo XX, en plena Guerra Fría, el filósofo francés Jean Guitton impartió una serie de conferencias centradas en el papel de la estrategia, su esencia y sus principios. En ellas expone un método de pensamiento sintético para comprender la guerra, guiado por el siguiente *leitmotiv*: «Del mismo modo que la metafísica es la forma más alta de pensamiento, a la estrategia le corresponde el mismo lugar en el dominio de la acción».

A lo largo de estos textos, reeditados recientemente con la colaboración de los profesores de la Escuela de Guerra de Francia, Guitton evidencia la estrecha vinculación entre el pensamiento estratégico y la filosofía, pues «detrás de las victorias de Alejandro siempre se encuentra Aristóteles». Incluso con los cambios de las últimas décadas, que han transformado profundamente la guerra, los principios rectores de esta permanecen y muchas de las reflexiones que les dedica el pensador francés conservan su vigencia. Reflexiones en las que se aborda la relación entre el pensamiento y la acción en lo que tiene de más decisivo para el destino de la humanidad, tanto en el pasado siglo como en nuestro momento presente.

# PENSAMIENTO Y GUERRA



ISBN: 978-84-9055-959-8



9 788490 559598